

Roberto López Moreno

De saurios, itinerarios y adioses



De saurios, itinerarios y adioses

Roberto López Moreno

Colección Maciel

6

Universidad Autónoma de Chiapas

Colección Maciel

Director de la Colección: Alfredo Pavón.

Primera edición: 1984.

© DR 1984, Universidad Autónoma de Chiapas.

Departamento de Literatura.

Área de Humanidades.

Diseño: Consuelo Moreno.

Portada: Leticia Ocharán.

Formato: Rafael Galván V y

Daniel Valente R.

Impreso y hecho en México.

Alegato desde el saurio

*A Leticia Ocharán,
tiempo de Tabasco*

. En el principio fue la sombra
la verdad del mundo estaba quieta
con el verbo recostado
entre plumas verdiazules
no había heridas de luciérnagas
ni aromas desplomándose
hasta la fatidez del día.

entonces
los hacedores erigieron el dedo y la mirada
nos fueron dando nombre
desde nuestra columna vertebral
de mazorca en armisticio

y los progenitores ocuparon los inicios
retiraron las aguas
y fueron nombrando y creando las cosas
y el sustento de todo
desde la fecha vestida
con calendarios vegetales
y marítimos
para designarnos una hamaca de huesos
colgada punta a punta
del tiempo y el espacio

primero poblaron nuestra historia
con aves y cuadrúpedos
y así fue como la carne primigenia
se construyó de lodo

después vino el tiempo de madera
a sembrar la superficie
de esta geografía
argumentada por la savia

y así por fin se abrió
la carne verdadera
el átomo que juega en las mazorcas
irrumpe
en las espadas de la milpa
que habrá de proveer a los autores
a los que sin nosotros
hubieran muerto cuando el parto
filtrados por el viento que golpea
las entrañas sonoras
del barro y el carrizo

clavado entre los filos de las flautas
el sol levanta su bandera de fósforo
y golpea
la historia del principio
ciego caimán ardiendo
agita sus gases inflamados
y cae
 a plomo
a las ramas retorcidas
para darle el día
una vez que el elote
se ha vuelto carne de todas las ofrendas

la esfera giró
las fórmulas completas del latido
fueron dadas a luz
en quirófanos de algas y corales
los sexos paridores se aromaron de mar

y desde las cóncavas cavidades empezó
lento
el lento movimiento
bajo el agua llovida
desde un cielo recién inaugurado
sobre oleajes solitarios
hasta esa soledad en la que sólo
el retumbo del mar lo avasallaba todo

y ahí
en el seno de las orfandades marítimas
el primer desgajamiento reclamó su forma
se hizo piel dura para andar

torpe asimiló el golpe enardecido de
la atmósfera

con la mitad del cuerpo a nado

la otra

aferrada a las raíces

cae sobre el légamo

se arrastra tierra adentro

trueca su viscosidad

su flor de escamas

áspero adquiere la fatalidad terrestre

y entonces
la cortina de los ojos
el letargo descorre
se lame las heridas
contempla inepto y azorado la montaña
sobre las líneas de la palma planetaria
la montaña establece
su permanencia total

y todo reiniciase en su ciclo
en su eje de barro
en su herida a tierra y fuego
después de cada golpe
de ascuas y penumbras
inventando en su lucha el movimiento

argumento de las eras

el instante

mide el pasado

y el futuro

piel iguánida

de lo eterno

cómo transcurre el río que bracea
espoleado a su vez por la hojarasca
por remotos imanes
tendidos peces necios al océano
por su rumor de cauces
que dudan cautelosos
entre este principio de maíz festivo
y la sal
trasatlántica remera

cocodrilo del tiempo
animal que come y que defeca
clava voraz la dentadura
entre la carne del sol
sobre surcos y crucigramas de agua
se pone a sacudir el día
con las ramas
y lo lava
 y lo tiende
 y lo recuelga
del vuelo de los pájaros

en esta hora de preñez incontenible
se amontonan líquidos los verbos
la lanza puntiardiente de la luz
desciende
y deja embarazados
los pantanos
los nidos enarbolan metonimias
dibujan
pentagramas en el aire
puñetazos aéreos

abajo todo rompe

la montaña es crin volcánica
en su combustión total golpea la sangre
salta hacia adelante
la pulsa
la equilibra
la lanza rotadora
nos envuelve
nos besa sin recato
y nos pone en los ojos la mañana

el gavial bosteza en el oriente

camina la luz pedrería sonora

y de pronto

ahí

la noche

culminación redonda de las fabricaciones diurnas

calaverita de azúcar

de tan quemada ennegrida

que yace aquí zapateado

en las tripas de la vida

con los faldones lúgubres de la hora inevitable

arrastrados sobre el polvo

la otra cara del vuelo

camaleón que muda los colores de la sombra

rosa negra rosando los filos

de los pétalos más oscuros

manto que cubre a los quebrados del hueso

y del aliento

a los enfremos del alba

iluminados por cuatro cirios cardinales

qué derrumbe estrepitoso de la luz

qué retumbo subcutáneo

qué paridero atroz de las gestas subterráneas

párpado que se cierra

escama que reptar a sangre fría
agazapada garra que de pronto

toma vida y hiere el aire cocodrilo
sombrio albañil de los olivos
Mictlantecutli sobre el solio
vientre enjuto de las ceibas cósmicas
dama de luto que desparrama entre sus piernas
los estremecimientos de su orgasmo helado
prostituta de la tos noctámbula
con su luna de mármol
como punto final de la danza de las horas
muerte de la palabra
carne doliente de los adioses
ronquido profundo
moño negro

para decir las estrofas del viento
la máscara de oxígeno
la alegría y el miedo
la palabra
salamanqueja absoluta
sostiene con sus cuerdas el lenguaje
arco de sonido
flecha de obsidiana al blanco
hasta hacerlo decir

la palabra es la urna en la que se deposita
la forma de las cosas que van
a describir el día
lengua que lame humedecida
la arena original
a dejar brillantes los sentidos
en los lomos del eco
dando nombre a los filtros y peines del paisaje
caracol nominador
dedo de fuego
 cincel de Vulcano
en las hogueras de la voz
Kinich Kacmó tendido
entre las cuatro moralejas del espacio

salamanquesa absoluta

paloma de maíz

toma cielo

se eleva sobre los hombros del mutismo

y madura

puede entre la oreja y el acto

entre el papel

y el movimiento del mundo

entre el ojo y la mano

entre el dicho y el hecho

resplandor golpe gallo

lemacto de permanencias

verano

lagartija

sustento de la memoria

eje entre la pregunta y la respuesta

recipiente del grito

hace el amor con el sonido

y tiene hijos

cuelga de las orejas del mundo

está cantando

y he aquí que después de parido
el discurso
se pone a caminar con los zapatos de los pobres
en una dislocada feria de colores
de pulpa amarga y risueña como el pueblo
deambula
por las orillas de la cal menesterosa
toma cerveza
disputa con los filos del verbo a la intemperie
con su costal de tropos albureros

también la palabra
cea lépera
sobre los cuadernos de justicia
donde se vuelve sacerdotisa negra
xantúsido nocturno
de alterada geografía
y aún así
nos sigue doliendo nuestra

en este mes de julio
día siete
me pisotea la cara bianguardada
entre las cuatro paredes de la ira

en las calles una huelga
y toda la ciudad es un océano
pacífico
que nos pone soldado y soledad
en nuestros horizontes de silencio

ya bebo amargamente la ola que me toca
y se me achica la mirada
frente a la turbulencia de un viejo lagrimón
líquido guerrillero en vacaciones

el corazón camina a capela sobre piedras
como un saurio rojo que quisiera
caminando sobre el filo
pagar todas las culpas
que cargan en la espalda los vencidos

el saurio tiene nombre

Calibán

en sus fauces abiertas

se astilla y recompone

la mañana

abro este paréntesis
abro este paréntesis que se abre ala
abro este paréntesis que se abre ala esperanza
abro este paréntesis que se abre ala esperanza saurio de
cielo

la selva es sol de soles
silbo verde
que esgrime la vida con la muerte en sus entrañas
en ella muerde la fiebre alucinante
lagarto de mil dientes
mordida que rescata hacia mañana
hacia la parda libertad del sueño
camino transitado tantas veces
lagartijo agarrado
a las paredes de la savia

a mitad del paréntesis

la selva circular nos vuelve al tiempo

nos planta en el presente siempre vivo

el reptil se busca queriéndose alcanzar la cola

el reptil se busca queriéndose

el reptil se busca queriéndose

el reptil se busca queriéndose alcanzar la cola

se enhebra en las industrias del horario

y entonces la esperanza

la esperanza se tuerce en una cuerda

esperanza piel dura
montón de tiempo y hojarasca encinta
animal de extremidades extinguiéndose
ahora te levanto feto
contra tiempo y marea
pendón en cuatro patas
bujía de las eras
te sacudo frente al polvo de los días
raptó de luz tan necesario y nuestro
aunque al final termines siendo solamente
anguido que se muere entre las ramas más altas de la
esperanza
anguido que se muere entre las ramas más altas
anguido que se muere entre las ramas
anguido que se muere

la piel húmeda de estrellas
al llegar tiritita un poema
un camaleón llueve afuera

xenosauro de agua
lágrima repartida de la altura
dios líquido
en las riberas del tiempo
golpe del hidrógeno
en el pulmón del mundo
humedecedor sacerdote
de los mitos

con tu ración de dios
sobre la espalda
tratas de deletrear
la roosa que te ahoga
lagarta que no nadas
que te hundes
en el ecuador de la sangre

dinosaurio cocodrilo lechugino
colea el corazón a golpes terco

es que esta soledad suena a campanas
mordemos
palpamos el inicio
nos hacemos sangre

y sudor

y vida nueva

me arrastro hasta tu piel serenamente
con las fauces abiertas al encuentro

yo te amo amor
vente amor mío
que nos devore este saurio
que desvara en nuestras venas

un plectro
entre las cuerdas del viento
tu pelo
tu cuerpo
tú absoluta

yo soy el canto en esta hora
reptil que contiene en las entrañas
la música del mundo

la ceiba de tu cuerpo se detiene
en el lagarto líquido
cantando te lame las raíces
después
das frutos tan terrestres
después
das frutos tan aéreos

la ceiba
es la marimba vertical de la magia
por sus escalas
asciende la música como carne voluptuosa
tratando de alcanzar el cielo

el marimbo
celoso
arguye a lo lejos una canción cercana

no podemos amarnos libremente
porque algo acecha entre los manglares
en las riberas del río vuelto tiempo

sin embargo te cerco cama

leona

te devoro hasta el último centímetro

de sal

de yodo

de ola

tomo la libertad sobre tu carne

me permito tu cuerpo de esta hora

y me lleno de ti

lodo divino

tu sexo
es como un río
cuya dentadura líquida
remite lentamente
la geografía de tu cuerpo

amor
dulcísimo estinco
substancia nuestra
alego en tu defensa desde mi cal en punto
me engarro de ti
bulliciosa anunciación
del próximo cataclismo de la luz
hormigueos nocturnos
jalando con sus picos la sábana del día
para tenderla
 ardiente y fresca
sobre la planicie de los hombres
hambrientos de alba

amor
dulcísimo estinco
tan substancia nuestra
por ti aún estamos

que no nos ensucien la aurora
ni nos cambien la piel por la del odio
enardecida roca en cuatro patas
“que estemos florecidos para el nado”

era que éramos erando
estos esteros de miedo colectivo
el feroz heloderma abre las fauces
tira el mordisco

acurrucamos la piel endurecida
las rasposas extremidades oxidadas
nos tiembla el corazón
y angustiamos a que nos despierte la mañana

alegamos

 exigimos la luz
y cuando las pupilas inventan
de nuevo el nuevo día
el mismo cicutante nos atisba
desde el fondo del espejo
por algunos minutos transpiramos los ácidos del mundo
volvemos al cerrojo de nuestros cobertores
y ahí entre la sombra
nos devoramos cautelosamente

hay signos en lo que palpamos
del canto hasta la tierra
hay pastizales en el aire
que disputan nuestro caimán interno

recuesto el sudor en esta hora

gavial de cuatro filos
me tiendo a secar
y a que me expliquen

en este basilisco
a la orilla de mi sangre
me sacude
me prende
me calcina
me revierte a los vasos del principio
apenas como el verde
vivo
bebo
indago
fornico
lato
muero con prisa inoportuna
rebotando imprudente en las arterias
en el viento que rasura
esta piel hecha de tierra
de masa perturbada
entre dientes de los pájaros

el caimán llora de risa junto al cieno

este enorme lagarto culebra

superficie endurecida

paladea el idioma de la gula

se clava recio

y así me ha ido engullendo

lentamente

por esta muerte que me avanza
motín del polvo
gequillo
tamagozo
piedra andando
por esta muerte de juego entre los dedos
que peino en las mañanas
que amarro en los zapatos
que encoito cada noche
por esta muerte
en mi contra
estoy latiendo tan indefensamente

pero el acoso sigue ahí
sobre su patas de corteza prehistórica
el animal adquiere
su forma represiva
se dispone a aplicar la dentellada
la signatura total del exterminio

se arrastra sobre légamos sudados
y llega hasta las puertas de las factorías
en donde inventa a cada golpe de reloj
la porosidad del sueño

se sacuden los muros de los sindicatos
sobre el fango en que las fauces chapotean
y desvariadas nos marcan
con el mordisco inevitable del siglo

sangrepunta

obrera que dibujas esta sed de todos

sumérgete

ahonda

bucea y emerge con la tierra celular del primer hombre

levanta los pendones de los mangles

navega esta balsa endeble

en la que nos rema el brazo ciego

y el ojo manco

para modelar los verbos del barro en tu costilla

pon a secar tu piel sobre la arena

el cocodrilo observa desde la sombra

y llora

y arriba

más arriba

del cielo más allá

el negro lagarto oscuro saurio sombra

pace sobre una raya negra

nutridode años luz

inmolados por la dentadura de las constelaciones

arriba

en el techo y en el sótano de todo

hartado de esa tenacidad que llaman infinito

reptil frío y palpitante

este saurio encorvado acecha

con sus millones de ojillos parpadeosos

el grano universal

en donde recobramos nuestra arquitectura diaria

con nuestro cero al cociente de la espalda

en esta gran división que somos todos

en esta multiplicación de hacer ocioso

suma y resta de la vida y la muerte

en este alegato sin finales

alza la vista en nombre de todos

contempla

se acurruca humildemente
entre humilde lagarto que soy
alegato su fósforo
su llama
su apenas lucecita en el deshielo.

ITINERARIO INCONCLUSO

En tu cuerpo de sal y fuego y resistencia se te arrodilla el mar con toda su interna eternidad de espuma. Los pendones del mar marean tu pelo; los ritmos de este mar golpean tus venas con el machete de la luna; los huracanes del mar no son tu lenguaje; el resumen del mar está en tus ojos, en ellos me sumo, me resumo; en el zumo del mar me doy con la vida. Arrodíllate, mar, en esta playa, bandera en nuestra cal, muy cuerpo adentro; hembra espuma, varón de oleajes; macho líquido, soplo de sal que esta sobre playa que está sobre la tierra. En tu cuerpo se arrodilla el mar, se nos hinca sobre este quehacer de barro que sustentamos en los telares del tiempo; se disuelve en ti, cresta de yodo, después de retumbar misteriosas lejanías. Entonces reconoces la voz salobre del abuelo, gigante movedizo... y estremeces. Estremezco frente a este oleaje preñado de secretos. Dentro de la hendidura del día y de la noche a golpe horizontal de manecillas, el polvo se filtra amotinado, después... el mar se pacifica. Cuando los marineros cruzan el océano trazan una raya de sangre sobre la piel primera. Las canciones que cantan en la hora en punto se ahogaban ayer enredadas en las redes vegetales de las algas, en los minutos en que empezaron, a nado, a dictar su latido los relojes. Los marineros no cantan, sólo son un universo de las olas pero ellos saben, y navegan. Quién sabe en qué isla de lo ignoto mantienen escondidos los nidos de las horas, los cofres oxidados en este día; un día se casan con la mar y otro día el mar se los traga de un bocado. Pero ellos permanecen en cubierta, a cubierto de tiempo que los mece, juguetitos del mar, ola tan sola. Y una vez que del mar soy este barro hecho canción de sal, echo el ancla fondeando las entrañas paridas de la espuma. Pequeño marinero sin timón, sin brújula, sin vela, grito; “tierra a la

vista” y me visto de venas y follaje, y me instalo en la boca del principio del terriento sabor de los adioses. Los marineros llegan a la orilla y coitean con las costillas de la tierra.

en dos columnas vitales	<i>pez nutrido a tierra y agua</i>
un sol de sal amanece	<i>de encendidos manantiales</i>
en las ondas desiguales	<i>levanta la voz del alba</i>
su sexo sabio sumerge	<i>sobre la patria de aire</i>
preña las profundidades	<i>crece el aire de sus alas</i>
con su savia y sabiamente	<i>pez nutricio en la simiente</i>
le nace parto de sales	<i>buey que entre las olas ara</i>
su harina de pan terrestre	<i>su harina de pan terrestre</i>

Te has vestido verde en esta hora; el mar te lavó los pies sobre la arena, yo te lavo la arena de los labios, tu lírida humedad de trino a vuelo con que mides abuelos y bisnietos. La selva se nos vino encima como una noche vegetal e insomne y tú ruges poder bajo mi peso. Mientras los grillos cosquillean las orejas vamos creciendo el musgo en nuestros cuerpos, sobre él caminan insectos y canciones. Crece la pantera de tu sangre mientras la ceiba se iza en las astas de la magia. Erecto el monte se adivina daga verde, la lluvia monta su fragor en él, quedan preñados los vientres tropicales con cigarras y epinicioso. Porque sangras la tierra es fértil, se hace el camino rimba dialoga con su viento entretenido con su arpa de bejucos; después, el sol es un quetzal de vuelo lento. Yo traigo la canción del mar, la que fecunda; doblego tiernamente tus murallas de caoba, somos en un abrazo el brazo, el ojo, el pelo del musgo. De pronto nos amenaza el mar... después te canta entre las piernas... ahora en tu cuerpo se arrodilla el mar y te deja con un peine de

pájaros el que peines el fuego que te incendia. Los leñadores conocen los caminos... Tú conoces el mar y el hacha de los leñadores. Te coronas de frutos para seguir viviendo después y más allá de que te clave mis filos amorosos. Un oscuro leñador me maneja entre sombras el golpe preciso de la dentadura. La luna es un tambor arriba. Abajo, el leñador, guadaña al hombro, nos cercena de un golpe la cabeza mientras en torno todo danza. Nosotros, a barro y agua y carne y mediodía nos volvemos a hacer pacientemente.

sobre dos troncos tendidos

cabalga un caballo verde

lleva en la crin encendidos

lentiojuelos que le muerden

la llaga de los caminos

las cascadas de la fiebre

distancia de polvo herido

la de este caballo verde

sobre dos troncos tendidos

en esta punta del puente

recuerdos son a los trinos

sonido de son ausente

de la luna hasta el abismo

la espuela sola se hiere

polvo de verde latido

que sobre el polvo se pierde

Ahora llueve sobre el Valle de México. Una ráfaga de halcones electriza el aire; las esquinas se pueblan de médicos y prostitutas. La ciudad es una gran mordaza de cemento en donde se convive con dientes apretados. A la derecha dos volcanes duermen sobre la cama de siglos y de nieve. A la izquierda el sol se oculta rojamente y baja a preguntar por nuestros muertos. Entonces apareces tú, de nuevo entera, con tu vestido de cal y de tezontle, con tu larga cabellera salpicada por cocuyos de difíciles voltajes. A la salida de un cine un comefuego en vano trata de incendiar la noche y es apenas como un bobo mosquito de lumbre en tus orejas. Me acuesto junto a ti y un policía me exige la licencia para el sueño. En esta gran casa luminada se vive y no por todos y

nadie. Adentro te desnudo largamente este cuerpo tatuado por el ruido. Hacemos el amor en los elevadores y regresamos a la piel dolida paladeando atmósferas cerradas en las alcantarillas de este mundo. Somos la ciudad del brazo múltiple, todo y nada en este motín de halcones que electriza el aire, que lisa los pelos erizados de silencio. Entrampados tempraneros corremos los nudos de el café, la nostalgia, el beso matutino, se queda en el camión de la basura, campanero, sonaja de la calle. Esta ciudad, tu cuerpo, mi tacto lleno de rumores, de venas palpitantes, se extiende desde las lomas de tus senos hasta tus pies hermanados con la tierra. Recorremos tu cuerpo mano a mano, ciudad del estremecimiento, sobresalto nuestro. Sobre este enorme cuerpo me pregunto; los pezones que bate Nueva York en su hora atlántica, el vientre de tu vientre o ese ombligo, el pequeño universo apretado de Ayozingo, en qué difieren al punto del latido más profundo. Mira la vida desde este campanario, el paridero vegetal que nos rodea; alza tu cuerpo sobre el pie que sube, pirámide del tiempo piedra a piedra, tan nuestra hoy; soles que ascienden sobre la escalinata; claustros que se desvanecen en el aire; milpas que estallan verde. Sobre el valle de México llueven sus dos volcanes... y el Ajusco... Tú eres la ciudad desde tus pinceles vegetales, desde cualquier punto del agua y de la selva, desde el mar. Y aquí estamos en las redes del cemento haciendo el canto cotidiano; volveremos al zócalo del día, a agitar nuestra bandera de reclamo, nuestra pancarta, nuestra consigna, nuestro derecho a vivir en nuestra llama. Hoy, a la sombra de esta sombra en algún rincón me rehago, me busco a reconocirme, me lloro a fiestas plena; me dejo caer desde los edificios para mirar que vuelvo; monto en cólera de letra oscura y así, sobre este jamelgo resonante, recorro la espina dorsal de la noche, hasta que mi diezmada tropa de tropos tropiece con el trompo de la aurora.

DIURNO DE LOS ADIOSES

I

Y es que uno dice adiós...

y se come un puñado de vida para siempre.

Un punto entre las cosas que tocamos
y se quedan...
o se van,
por vía inversa,
sobre un vagón de humo y polvo.

Adiós

golondrinas de pañuelos de salitre,

atmósfera sin salida,

geografía ineludible;

nos marca

ríos atroces

que bajan como venas venados

sobre las espaldas del tiempo.

Hablemos del adiós,
lengua oscura
sobre dos rieles enfermos
de olvido y de distancia.

También podríamos decir que
puño de escamas y de plumas
cae al centro de nuestras lenguas secas,
cuando la piedra pierde,
mineral herido,
sus signos teologales.

Se despide uno de la gente, de las cosas,
de la casa en que nace,
del minuto inasible en que se ama,
de la cama inevitable
que habita recámaras de invierno.

Habitaciones heridas
por el negro milagro del adiós,
recinto de sombras,
ecos mudos de los ecos,
qué húmedos,
qué huérfanos,
qué solos se quedan los cuartos
que se quedan solos,
qué dados a su soledad
tan siempre viva.

Semilla de la muerte

silueta del silencio

entre cuartos

agazapada metáfora del vacío.

A través del adiós, filtro de ausencias,
me dibujo este cuerpo devanado,
rayo de sombra, luminoso hielo,
sangre que late sobre los instantes.
Me dibujo este cuerpo a puño firme,
el calcio que sostiene cada pena,
el eco masticado entre mis dientes
como vieja canción de nuevo encinta.
A través del adiós me desdibujo,
me deshago, me rehago, me redigo;
me estoy haciendo adiós, dócil funesto,
me estoy quedando aquí, en cada cosa,
mi cuerpo está colgando de la vida
“y escucho con mis ojos a los muertos”.

Vamos a quedarnos solos
lentamente
hasta que el adiós,
dedo de hielo y fuego,
juega a salvarnos.

Si te quedas
te coges el día,
de los sueños,
te agarras con furia de las cosas,
pero éstas también se desdibujan,
inexorablemente;
los muebles,
los zapatos,
la aguja que te zurce la camisa
pañuelo de tu piel que se despide
por los ojales de los hasta nunca.

Dolor por la camisa
que nos cubrió
el frío de la fiebre,
las fiebres del invierno,
que se hizo nuestra carne
para salir desnudos de la noche
al sol.

Arruga del transcurso,
prolongación difícil de las palpitaciones,
argumento del sudor más laborioso,
telar tan nuestro.

Y somos sólo polvo, polvito, partícula de tiempo.

Y no somos más que esto:
difícil estructura de adioses,
lo que no se crea ni se destruye
pero cambia de formas en una flor de lágrimas.

Adiós,
mano de hielo,
dedos de pañuelos fatales
sobre los horizontes.

Hablemos del adiós papalote,
paliacate húmedo,
tlapalería de treinta y tres clavos,
guacamole del malo en molcajete del bueno,
guacal de penas,
tlaconete escurridizo,
comal de los suspiros,
nahual, cenizote y ahuehuete.

Corona de noviembre;
todos los días remiten a noviembre,
la piedra relatora,
el viento helicoidal dibujándonos
el tiempo,
el maguey hiriendo octubres;
todo es río desbocado
hacia noviembres sin remedio.
Adiós,
corona de noviembre,
fruto amarillo de los sueños.

Todo lo que hacemos cotidianamente,
el amor,
la amistad,
la suma del latido,
padece el mismo signo inevitable;
el lenguaje feroz de los vacíos.

Mi abuela materna
fue un árbol de marimbo
que permaneció entre nosotros
más allá de sus noventa años,
desde quién sabe cuántos siglos de estirpe;
por eso
su adiós
fue un inmenso vacío
a la mitad de la casa.

Sacudo los muebles,
mis libros,
mi cama,
me sacude el cuerpo el plumero del tiempo
y empiezo a desprenderme de este polvo
con un reloj latiendo entre las venas.

Porqué el afecto, el amor, el cariño,
la frente fresca,
el cuerpo a gusto;
porqué el viento,
porqué nuestras ventanas
abiertas al día,
bebiendo luz que alumbrará los sueños,
porqué toda esta carne del fluir
sin finalmente...

Todo se va,
solamente nosotros nos quedamos,
presencia amarga
en cada uno de los que lloran.

Encontrarse para separarse.

Ah este lenguaje

hostil

del movimiento.

Qué solos somos,
todo nos es prestado
menos la soledad
recargada al final de la calle,
puñal legítimo.

Dado que la muerte
dura toda la vida
se debe estar
entrenando el alma
para cuando el día
de la soledad.

Nuestra hermandad más sólida
es el adiós,
cilicio,
citra,
silencio,
sima,
esperma de la muerte.

Qué pavor tan sin salida
oficias en mi cuerpo
oh maligno sacerdote
de las despedidas,
alcahuete de las ausencias.

Dolor ineludible,
acólito de la ausencia suprema
cuando la vida comete en nosotros
el crimen del silencio.

Momento rompedor,
necesario
a la espiral que nos construye,
nos deshace
y nos vuelve a edificar
a través de nueva carne
a los mismos dolores prometida.

Mundo de un vientre que se yerma,
saliva que se enjuta,
fruto que se pierde,
los pájaros que vivimos cuando niños
y a los que volvemos
tan sólo para verlos manoseados
por los morbosos tentáculos del tiempo;
cuando ya nada es igual,
ni el ojo ni el paisaje.

El adiós es el cincel de lo mutable,
sexo desvocanizado,
ángel malvado de lo precedero,
tratado de lo transitorio,
manual de nostalgias,
lucecita, Faro de Balbuena despidiendo a los aviones
“a dónde irá veloz y fatigada
la golondrina que de aquí se ...” etcétera,
el camino que lleva a los rulfianos pueblos
de polvo abandonado.

El adiós eres tú adiós
el vaho de una boca que devora,
dentellada final, el universo.

II

¿Por qué naces nuevamente,
adiós?

Si ya no tengo palabras
para despedirte.

IN PACE

Comala lo vio nacer y vio también cómo por las puertas y ventanas de las casas abandonadas desde muchos años atrás los espíritus salían para asediarlo y obligarlo a tomar camino. Fue por lo que decidió avvicinarse en las arideces del cerro de Luvina, azotado por un aire pardo que rasca la cal de las piedras y las avienta contra los árboles pelones y las paredes resquebrajadas que envejecen en lo alto de la loma. Mucho después de la adolescencia salió de Luvina con la anemia untada a los tejidos, a las células nacidas de hombre y mujer, con una arena feroz que le carcomía los ojos desde donde se le desprendían dos rayas de agua sucia sobre las mejillas reseca. Salió de Luvina porque de lo contrario hubiera muerto de soledad, de hambre, con un horizonte amarillento quemándole las pupilas. Caminó al sur. Más al sur. Cruzó ríos sorprendidos. El paisaje se le iba haciendo verde mientras en la cabellera le crecía una fiestad de golondrinas y gallinazos. En la última estación en la que se detuvo sintió hambre. Se alimentó con un bocado de luciérnagas mientras la brisa le lavaba la arena. Más adelante, cuando le faltaba recorrer unos cuantos sueños para llegar a Macondo, falleció, víctima de paludismo, tatuado por el musgo.

ÍNDICE

Alegato desde el el saurio

Itinerario inconcluso

Diurno de los adioses

I

II

In Pace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS

Dr. Heberto Morales Constantino
Rector.

C. P. Benjamín Aguilar Villegas
Secretario General

Mtra. Anabella Munoa Rincón
Directora de Relaciones Públicas

Lic. Florentino Pérez Pérez
Director del Área de Humanidades

Mtro. Alfredo Pavón
Jefe del Departamento de Literatura

Esta edición consta de 2,000 ejemplares y se terminó de imprimir el día 14 de septiembre de 1984, en los Talleres e Impresiones Esther, S. A. de C. V., Colombia núm. 6, México, D. F., El cuidado estuvo a cargo de Consuelo Moreno, Melba Guariglia, Florentinio Pérez y Alfredo Pavón.

ROBERTO LÓPEZ MORENO nació el 11 de agosto de 1942 en Huixtla, Chiapas. Desde su infancia radica en la Ciudad de México donde ejerce el periodismo. Algunos libros publicados: *Las mariposas de la tía Nati*; *Yo se lo dije al presidente*, (cuentos); *En el sur de la nostalgia*; *Trece tiempos de Eros*, (poesía) y *Silvestre Revueltas*, (homenaje antológico). Colaboraciones en revistas nacionales: *Punto de Partida*; *Letras de ayer y hoy* y *El cuento*, entre otras y extranjeras en: España, Guatemala, Cuba y Brasil; así como en suplementos de los principales periódicos capitalinos. Premio de Poesía *Rosario Castellanos* y de cuento *Tomás Martínez* de los Juegos Florales Nacionales de Abril en Chiapas, 1968. Finalista del Premio Nacional de Poesía *Efraín Huerta* en Guadalajara, 1979, y premio *La Edad de Oro*, La Habana, Cuba en 1980, de poesía para niños con música del maestro José Ángel Pérez Puentes.

Trece rojo (antología de narradores y poetas contemporáneos), *Bolsilibros*, A. L. 1983, La Habana, Cuba; *Versitlán* (poesía infantil), 1984, Presencia Latinoamericana, S. A.; *Cuando salí de la Habana, válgame Dios*, (antología de cuento cubano), 1984, Claves Latinoamericanas S. A.